



# LAS PREGUNTAS DEL CORAZÓN Y LA RESPUESTA DE DIOS

## CATEQUESIS EN LA JMJ'2011

Arzobispo de Oviedo

Jesús Sanz Montes OFM

### INTRODUCCIÓN

Saludo muy cordialmente a todos los que estáis presentes de lengua española, provenientes de las diversas diócesis de España y de países hispanoamericanos. Sed todos bienvenidos. Doy gracias al Señor por esta oportunidad que se me brinda de estar con vosotros en esta catequesis. Es un regalo inmerecido vuestra presencia y os lo agradezco de veras. Ojalá que podamos ayudarnos unos a otros para vivir mejor estos días de gracia en la JMJ.

Dentro de las diversas actividades estrictamente religiosas y las culturales que se ofrecen en las JMJ cada edición, hay un momento importante como preparación a la llegada del Papa y que se confía a los Obispos de todo el mundo: ellos deben ejercer como catequistas de los jóvenes proponiéndoles algún punto de reflexión, de apertura, de provocación, a fin de que su corazón, su inteligencia, se puedan disponer a la acogida de lo que en estos días especiales Dios querrá comunicarles.

No es una catequesis al uso, donde de modo prolongado y sistemático se puede abordar la pedagogía de la fe y de la vida cristiana. Más bien se trata de una catequesis puntual, que tiene que ver con el “leit motiv” de esta JMJ, con el lema que el Santo Padre escogió para esta ocasión.

Así lo vamos a hacer también nosotros. No pretendo agotar todo el contenido del Mensaje para esta JMJ que nos escribió Benedicto XVI, pero sí tenerlo en cuenta en alguno de sus puntos más interesantes que puedan disponernos a su recordatorio, a su asimilación, a su aplicación a cada uno de nosotros, y de este modo nos abramos a lo que el Señor quiera decirnos en estos días. No sé cuándo, ni cómo, ni dónde, ni el qué... pero Dios quiere comunicarnos algo a cada uno de nosotros. Sí, a cada uno de nosotros con nuestro nombre, con nuestra edad, con nuestra circunstancia personal que será tan variada y distinta. No somos seres anónimos perdidos en una masa de jóvenes, sino alguien que es mirado y amado de un modo personal por los ojos y el corazón del mismo Dios, de María nuestra Madre, de los santos patronos que de modo especial interceden por nosotros en estos días de la JMJ.

Quiero comenzar con una oración sencilla. La tradición cristiana ha mirado siempre el sí de una joven reconociendo en ese sí la actitud de un verdadero hijo o hija de Dios ante lo que Él ha pensado para cada uno de nosotros. La respuesta más fiel que el Señor ha recibido jamás de alguno de sus hijos, tiene rostro de mujer. El sí de María es la confianza hecha entrega, adhesión llena de fe a lo que Dios quiso diseñar para nuestro bien y nuestra felicidad. Recemos juntos el Ángelus, y pidamos con María que nuestra vida sea una afirmación ante cuanto el Señor nos quiera proponer.

El Ángel del Señor anunció a María, y concibió por obra del Espíritu Santo... Ave María...

## 1. UNA JUVENTUD DISTINTA: LOS JÓVENES CRISTIANOS

Cuando os miro en tantos miles y miles los jóvenes que habéis llegado a Madrid para la JMJ, me pregunto ¿quiénes sois vosotros? ¿qué secreto os anida para que hayáis dejado vuestros lugares de procedencia y vengáis hasta aquí desde los cinco continentes? ¿cuál es la razón escondida que os permite afrontar el cansancio, dormir incómodamente, pasar calor, comer de modo frugal? Y como se viene vitoreando aquí y allá por doquier, el grito que se me responde es el mismo: esta es la juventud del Papa. Es como decir, esta es la juventud cristiana, que forma parte activamente de una Iglesia que está viva y que es joven, como dijo Benedicto XVI al comienzo de su pontificado.

En estos días hemos visto a jóvenes asesinados por otro joven enloquecido en una isla junto a Oslo, en Noruega. Otros se han acampado en medio de las plazas de ciudades para reivindicar su particular decálogo, que oscila entre la justa y fresca aspiración a que las cosas sean distintas, y la revolución en nombre de la nada y del hastío. Otros se mueven de acá para allá buscadores inquietos pero tal vez sin norte y sin maestros, y como decía el Quijote deambulan sin saber de dónde vienen y sin saber a dónde van. Pero también hay otros que no van segando la vida de nadie, ni están en las movidas ácratas que terminan por llenarte de vacío, ni tampoco se agitan por entusiasmos de corto recorrido con dichas que duran lo que tarda un suspiro bebido, movido o fumado. Sí, hay otros jóvenes, no pocos, convocados para el encuentro con el Papa Benedicto XVI en la Jornada Mundial de la Juventud. ¡Qué contraste de vaivenes, de posturas, de ideales! Siempre impresiona el hecho de que un grupo de más de un millón y medio de jóvenes, vengan a escuchar a un anciano octogenario que no les va a cantar ningún rap, ni a demostrar su resistencia física en un deporte de moda, ni a engatusar con una ocurrencia de revolución de medio pelo, sino que les va a hablar del Evangelio, de Jesucristo vivo, de la Iglesia de Dios.

Hay algo en el corazón del joven que se resiste y hasta se rebela. Benedicto XVI recuerda en su mensaje para la JMJ de este año en Madrid dentro de unos días ya, que «la juventud sigue siendo la edad en la que se busca una vida más grande. Al pensar en mis años de entonces, sencillamente, no queríamos perdernos en la mediocridad de la vida aburguesada. Queríamos lo que era grande, nuevo. Queríamos encontrar la vida misma en su inmensidad y belleza». Querer lo que es grande y lo que es nuevo, buscar y encontrar dentro de la vida algo que es inmenso, algo que es bello y por lo que vale la pena cualquier esfuerzo. Esta es la grandeza que nos hace nobles y que nos hace humanos, lo que nos predispone para encontrarnos con ese Dios que se nos hace contradictorio y que habiéndonos hecho Él así ha querido venir a buscarnos.

Pero si nuestra juventud cristiana no anda quitando la vida de nadie por ahí con violencia y matanza, ni tampoco obstruye la vida de nadie con su particular barricada hecha de ideología ácrata, ni deambula como zombi de un lado para otro sin saber de dónde viene y sin saber adónde va, entonces ¿cómo se plantea la vida el joven cristiano y en qué consiste su diferencia? Hay que decir que no es distinto el cristiano porque se le ahorren los desafíos y pesares que tiene todo el mundo, ni porque tenga más facilidad a la hora de afrontar los retos que la vida le plantea, sino porque los mira, los vive y los abraza de un modo distinto. Este sería el secreto, pero en donde no hay que dar nada por supuesto.

## **2. LAS PREGUNTAS DEL CORAZÓN DEL JOVEN... DE SIEMPRE**

El Papa Benedicto XVI en su mensaje para esta JMJ ha querido recordar al invitarnos a venir a Madrid, cómo España ya fue escenario de otro encuentro similar convocado por nuestro querido Juan Pablo II: “En 1989, algunos meses antes de la histórica caída del Muro de Berlín, la peregrinación de los jóvenes hizo un alto en España, en Santiago de Compostela. Ahora, en

un momento en que Europa tiene que volver a encontrar sus raíces cristianas, hemos fijado nuestro encuentro en Madrid, con el lema: «*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*» (cf. *Col 2, 7*). Os invito a este evento tan importante para la Iglesia en Europa y para la Iglesia universal. Además, quisiera que todos los jóvenes, tanto los que comparten nuestra fe, como los que vacilan, dudan o no creen, puedan vivir esta experiencia, que puede ser decisiva para la vida: la experiencia del Señor Jesús resucitado y vivo, y de su amor por cada uno de nosotros”.

Es importante señalar una referencia que marcó toda una etapa en los jóvenes de una generación: con la caída del muro de Berlín en 1989 terminaba una quimera, un fraude, un engaño lleno de mentira. La aspiración a construir un mundo justo, igualitario, pacificado era una aspiración noble y verdadera. Pero los medios con los que se intentó levantar esa nueva ciudad, esa civilización y cultura distintas, cometió algún error de base que hizo que no se obtuviera el resultado esperado. Cambiaron los actores, pero no el terrible guión que cercena la libertad, impone una ideología y reduce al hombre al materialismo sin horizonte cuando se construye un mundo desde la expulsión de Dios.

Hace unos días, me pasaban un relato que me conmovió. Se trataba de una chica que reconociendo en sí misma el deseo de algo grande y verdadero, constataba que por sí misma era incapaz de dar salida y cumplimiento a una gran pregunta que le hervía por dentro y que ella por sí misma era incapaz de dar una respuesta cumplida. Así decía esta muchacha joven: “Experimento una profunda tristeza en mi relación con las cosas. Nada me basta y no sé por qué: ni la relación con mi novio al que quiero de veras, ni el descubrimiento de nuevos conocimientos en mi carrera universitaria que tantos horizontes parecían abrir, ni la belleza del arte para el que creo estar excepcionalmente dotada. Y como una fatal cantinela vengo a la constatación triste de que siempre falta algo, de que todo es incompleto. Algunos compañeros me dicen

que me tranquilice y me divierta, que ya pasará esa melancolía que parece acorralarme y tenerme como un rehén sin cuartel y sin duelo. Pero hay un amigo que afirma que esa tristeza es signo de que estoy bien hecha, que no tengo un defecto de fábrica, de que no soy anormal cuando constato que nada puede calmar mi sed inmensa, porque es sed del Infinito. Yo le he dado crédito, me he fiado de él, pero le he advertido: espero que al final haya respuesta, porque si no, no tendría sentido mantener abierta esta herida”.

Es una preciosa y tensa historia que tantos de nuestros jóvenes, tantos de nosotros podríamos biográficamente relatar: estamos bien hechos cuando constatamos una herida interior y muy íntima que nos deja a la intemperie e insatisfechos. Y no es una especie de maldición de la que hay que irremediablemente escapar, sino la afirmación más verdadera, la afirmación más humilde también, de una desproporción que experimentamos en nuestra propia vida: entre lo que realmente deseamos y a lo que no podemos dejar de aspirar, y lo que a diaria somos capaces de aferrar con nuestras manos o definir con nuestros labios. ¿Valdrá la pena tener esa herida a flor de piel abierta?

El Papa Benedicto XVI en su mensaje para esta JMJ decía algo muy parecido que tiene que ver con esa “herida” de la que hablaba esta chica universitaria. Dice así el Papa: "Al recordar mi juventud, veo que, en realidad, la estabilidad y la seguridad no son las cuestiones que más ocupan la mente de los jóvenes... Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente".

Esta es la “herida” que debemos saber escuchar y atrevernos a mirarla de frente. Porque lo que en tantos ámbitos se nos truca es el disfraz de las respuestas falsas a preguntas verdaderas. Respuestas que nos hacen rehenes

sin hacernos libres. Respuestas que no se corresponden con las preguntas que tenemos dentro. Y ¿para qué sirve una respuesta tan prestada que no nos vale de nada? ¿para qué sirve una respuesta que nos evade, nos ahuyenta, nos extraña de las verdaderas preguntas que tienen que ver con nosotros mismos?

Es la segunda anécdota que he podido leer en estos días, con motivo de las diferentes manifestaciones callejeras de quienes han ocupado nuestras plazas. Se trata de un joven estudiante de Ciencias Políticas que durante varios días se dedicó a hacer campaña en su Facultad para que sus compañeros se trasladasen a la acampada en la Puerta del Sol. Se esforzó en indignar a quienes no estaban indignados, y como no lo conseguía el indignado era él. Se presentaba como anarquista y decía en voz alta que acudía allí porque al fin va a poder llevarse a cabo "la revolución". Al poco de unos días volvió a clase, se encontró con una compañera con la que discutió duramente durante su campaña a favor de la acampada en la Puerta del Sol. Ella le preguntó porqué había abandonado la acampada. Su respuesta fue humilde y dura de reconocer: "Porque aquello no es la revolución, estoy harto y desencantado". Entonces la compañera le hizo la gran pregunta: en qué consiste su ansiada revolución. Y él respondió: "No lo sé, tiene que ser algo que tenga que ver conmigo, que empiece dentro de mí".

Me impresionó la humilde franqueza de este joven, porque haciendo así estaba dando comienzo a la verdadera revolución: la que comienza a poner nombre a las cosas que nos retan de verdad, a los desafíos que reclaman de nosotros una búsqueda tan leal con la realidad que tenemos delante, que es capaz de poner en juego lo que somos precisamente en torno a los auténticos deseos. Pero, ¿qué es un deseo?

Es lo que más se contrapone a la mezquindad. De hecho, la palabra deseo (de la etimología latina *desiderium*) significa una mirada al infinito, a lo sideral, un asomarse a lo que no pueden abarcar nuestros brazos, pero que

sin embargo no podemos dejar de desearlo. Por el contrario la mezquindad (de la etimología árabe *meskin*) significa el apocamiento que nos deja reducidos, la rendición ante algo que nos deja indiferentes, apagados, resignados. El deseo siempre nos pone en vilo, nos despierta y nos levanta. La mezquindad llega incluso a aburrirnos de lo hastiados que nos deja.

Es muy importante que pongamos nombre, fecha e incluso domicilio a lo que nos deja heridos de algo que tiene que ver conmigo. Porque sin esta previa lealtad con nosotros mismos, con la humilde realidad que me rodea y me provoca, no podré entender a un Dios que se ha hecho hombre y encontradizo precisamente para salvarme ahí y para salvarme en esto.

### **3. DEL DESEO A LA ESPERANZA**

Sea cual sea nuestro momento, tengamos la edad que tengamos, nos dediquemos cada cual a aquello que hace cada uno, Dios nos concede estos días de gracia especial en el que diciéndonos las viejas palabras de nuestra vida o tal vez sorprendiéndonos con las que providencialmente nos quiera en esta JMJ estrenar, el Misterio nos quiere abrazar como hace un amigo. Y toda la intemperie que supone el miedo que nos damos a nosotros mismos por nuestra torpeza, nuestra lentitud, nuestra fragilidad, o la desazón que nos suscita el acoso que últimamente estamos sufriendo por el poder que quiere destruir a quienes no se doblegan a sus pretensiones culturales y totalitarias, serán una intemperie y una desazón que Dios estrecha sobre sí. No porque Él las banalice quitándoles el mordiente del dolor que pone a prueba nuestra esperanza, sino la amenaza que nos acorrala como destrucción. La gran diferencia ante las pruebas entre quien tiene esperanza y quien carece de ella, consiste en que el esperanzado sufre pero no es destruido.

Vale la pena distinguir esa dialéctica entre una posición aburrida que nos desespera y una posición deseable y deseosa, que nos abre a la esperanza. Porque la esperanza es ese camino en el que nuestro más noble

deseo, la exigencia de nuestro corazón que Dios ha escrito en él, se va cumpliendo en lo fragmentario de nuestra condición de peregrinos, y se vislumbra cumplido del todo y para siempre al llegar a la patria de nuestro último destino.

La esperanza es razonable y sale al paso de esta debilidad nuestra que merma nuestras fuerzas y no nos permite crecer y madurar. La esperanza es razonable porque no es una hipótesis crédula, sino el reconocimiento del testimonio del mismo Dios. Los indicios de la fidelidad de Dios, de su compañía en nuestra vida, no son elucubraciones virtuales, sugerencias emotivas o teología ficción. Esos indicios son verificables como se verifica un hecho. Nuestra razón está convocada a esa apertura que me permite mirar la realidad que tengo delante, una realidad que no la hago yo, y en la que Dios escribe unas veces con brochazos a gritos para dar una noticia adulta y urgente, otras con un dibujo de fina plumilla como quien bisbisea un secreto infantil, pero en esa realidad Dios nos habla, en ella se hace presente y nos acompaña, y su estar ahí supone el delicado empeño de que mi vida no sea una absurda pasión inútil.

La esperanza es razonable porque mi razón tiene ojos para ver y entraña para acoger lo que me permite siempre contemplar y recibir el más allá de toda apariencia. Como decía Eugenio Montale: “Todo me grita más allá”. «Bajo el denso azul del cielo un ave marina vuela; nunca descansa, porque todas las imágenes llevan escrito: más allá» (E. MONTALE, «La agave en el escollo», en *Id.*, *Huesos de sepia* (Alberto Corazón Editor. Madrid 1975) 101). Ese grito es lo que me provoca una mirada a la realidad distinta, sin ser jamás rehenes de una inmediata apariencia que nos detiene o nos desvía. ¡Cuántos momentos de extravío (extravío, fuera del camino) en nuestra vida personal por la impostura de la apariencia que nos impide ver de veras la realidad! Pero cuando tú ves la realidad desde una humilde invitación a creer que es más grande de lo que tus ojos dan de sí, de lo que tu mente es capaz

de comprender, entonces surge la esperanza que no es hija del cálculo, sino de la confianza.

Si pudiésemos poner nombre y fecha a todas las cosas que nos dividen y asustan por dentro y nos enfrentan y escandalizan por fuera, podríamos diagnosticar un mal común: no ver las cosas como las cosas son, sino como yo me las imagino, como yo las persigo, o como yo huyo de ellas. Una realidad así vivida no genera esperanza, sino pavor, miedo, persecución o destrucción. Y esta falta de esperanza es la que a mí no me permite ser libre, sino fatalmente condicionado.

Necesitamos, pues, una mirada de la realidad que suscite esperanza, que me permita ser discípulo de quien en ella me enseña, oyente de quien en ella me habla, y mendigo de quien en ella me agracia y me salva. Hay que saber mirar. Así sucedió con María en la Anunciación del ángel: “Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios»” (Lc 1, 26-37). En una realidad estéril, porque así aparecía, Dios deslizó ahí un más allá que la cambió felizmente en una fecundidad posible para Él.

Encontrarse ante nuestra realidad cotidiana con esta mirada nueva sobre las cosas, hace que la vida cambie su veneno mortal en vino generoso con denominación de origen sin fecha de caducidad. No cambiarán normalmente las cosas sin más, pero sí que cambiará mi modo de mirarlas. Ahí reside la novedad que me permite abrazar las cosas, juzgarlas, vivirlas desde la insólita e indómita actitud que es tan joven como cristiana.

En este sentido, dice el Papa Benedicto XVI en su encíclica *Spe Salvi* que «nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que

nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es “realmente” vida» (*Spe Salvi* 31).

Quiero ahora leeros un fragmento de una novela francesa del escritor Gustave Flaubert. Es una maravilla como relato literario, y es un regalo como descripción de esta espera de la que estamos hechos. Dice así la escena indiscreta en la que cada día se sorprendía a una mujer, Madame Bovary, que no sabía dejar de esperar:

«En el fondo de su alma, sin embargo, ella esperaba un acontecimiento. Como los marineros que se sienten perdidos, ella miraba desesperadamente de aquí para allá, buscando en la lejanía alguna vela blanca entre las nieblas del horizonte. No sabía qué es lo que esperaba, no sabía qué; ni tampoco por cual de los vientos eso vendría, ni a que ribera le conduciría después; si sería una chalupa o un bastimento grande, si vendría cargado de angustias o lleno de felicidad hasta arriba. Pero cada mañana, apenas se despertaba, comenzaba a esperar pensando que habría llegado ese día; y escuchaba todos los rumores, se ponía en pie de sobresalto, quedando confusa de que no pasase nada; luego, al caer de la tarde, cada vez más triste, deseaba que volviese nuevamente a amanecer» (G. FLAUBERT, *Madame Bovary*, en *Romanzi*. Vol. I, Mondadori. Milano 1992, 155).

Es quizás una de las formas más bellas literariamente de describir el deseo que nos hace mendigos de la esperanza. No saber qué, ni cómo, ni por dónde, ni adónde, pero el corazón se siente tendido con todas sus fibras a salir al encuentro del cumplimiento de esta espera. Tanto es así, que la herida o la revolución de las que nos hablaban los testimonios que he leído al principio, tienen en común precisamente esta espera del corazón. De esto estamos hechos.

Está escrito en nuestro ser esa nostalgia inmensa. Santo Tomás de Aquino, uno de los más grandes teólogos del cristianismo hablará de esa tristeza noble como el «deseo de un bien ausente» (*In Dionysii de divinis nominibus*, 4, 9; *Summa Theologiae* I, q. 20, art. 1.). Aunque tengamos mil fisuras, mil distracciones que nos llevan a traicionar una y otra vez en el patio común de una fogata cualquier diciendo de tantos modos lo de Pedro: “No le conozco” (Mt 26,72; Lc 22,57), hay en nosotros una exigencia de verdad, de conciencia de haber nacido para encontrarnos con aquel que tantas veces decimos con palabras y con hechos que no le conocemos. La filósofa María Zambrano al hablar de las pasiones dice que «detrás de las pasiones se esconden otras pasiones más fundamentales, y detrás de todas, la pasión de ser. La gran pasión que obliga al hombre a ser... como si fuera la prolongación de un Dios que lo ha creado para esto» (M. ZAMBRANO, *Persona e democrazia*, Mondadori. Milano 2000, 37).

Esta indómita nostalgia que nos constituye en mendigos de una gracia para la que hemos nacido, que nos hace caminantes hacia una tierra a la –lo sepamos o no- peregrina cada fibra de nuestro ser, esa pasión de ser, es lo que llamamos deseo. Y dentro de mi soledad, es decir, dentro de esa pregunta básica que me hace abrirme deseoso es donde puedo verdaderamente experimentar un acompañamiento distinto. Como dice Luigi Giussani, fundador de Comunità e Liberación, en ese capítulo fundamental sobre la naturaleza del sentido religioso, «es en la soledad donde el hombre

descubre su compañía esencial. Esta compañía es más original que la soledad, porque se me da. Por eso, antes que la soledad, está la compañía, que abraza mi soledad, por lo que esta ya no es verdadera soledad sino grito de llamada a la compañía escondida» (L. GIUSSANI, *El Sentido Religioso*. Encuentro. Madrid 1998, 86).

Una soledad que no nos deja solos, aislados, sino que reclama la compañía que nos permita no censurar esa pasión de ser, la aventura de la vida en toda su plenitud aunque nuestro cotidiano camino sea tantas veces más mezquino y torpón que ágil y deseoso. El grito de la compañía es el que nos propicia el tirón de la soledad cuando ésta no se torna destructiva, fugitiva, sino recordadora de que en nuestra indigencia ante las cosas verdaderamente importantes necesitamos ser acompañados.

#### **4. ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO, LA FIRMEZA DE NUESTRA FE**

Hemos trazado ese itinerario que saca a la luz lo que nos palpita en los adentros: que tenemos una serie de preguntas en las que nos va la vida, que no hemos puesto nosotros y que no sabríamos darle por nosotros mismos solución y salida. Y esto es lo que nos deja heridos, porque somos vulnerables ante la provocación que la vida nos hace ante algo grande, y que reclama una revolución de la mirada y del deseo que tenga que ver con nosotros y que se decida en el corazón y en los adentros. Sin esta humilde reconciliación con nuestro ser vulnerado, saludablemente herido, no podríamos entender lo que nos propone Cristo, lo que se relata en el santo Evangelio, lo que no ha dejado de vivir la Iglesia y cuanto nos dirá en estos días el Sucesor de Pedro, Benedicto XVI.

El Papa en su mensaje para esta JMJ propone un texto de San Pablo que bien puede servir de pedagogía, de un auténtico itinerario para vivir nuestra fe: «*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*» (cf. *Col 2, 7*). El mismo Benedicto XVI hace este apunte de explicación previa: “arraigado”

evoca el árbol y las raíces que lo alimentan; “edificado” se refiere a la construcción; “firme” alude al crecimiento de la fuerza física o moral.

**Arraigados.** Las raíces es lo que permite que la vida siga viva, más allá de los avatares cambiantes del tiempo. Hay cuatro estaciones que nos imponen su diverso ropaje: la primavera con su explosión de vida en flor; el verano con su plácido estío tan propio para la holganza; el otoño con su sereno canto de nostalgia y madurez; el invierno que pone a prueba lo que verdaderamente es esencial. Pero todo ello es posible si hay raíces. El poeta Rilke dirá que Dios espera siempre en las raíces.

No en vano quienes pretenden destruir el cristianismo, tienen esa audacia de no andarse por las ramas, sino ir a las raíces. Porque arrancar hojas, quitar frutos o podar ramas no es destructivo aunque se haga con mala intención. El problema es cuando se ha atacado la raíz de ese árbol. Tener raíces significa que hay en nuestra vida una serie de referentes que permiten que sepamos quiénes somos, que nos dan la clave de una tradición en la que emerge la historia a la que pertenecemos. Censurar esto, atacar esto, es hacernos vulnerables porque nos colocan en una tierra de nadie, en una historia que no tiene nombres, ni lugares, ni acontecimientos. Somos fácilmente vapuleados. Un árbol sin raíces, es un árbol que muere en la primera sequía, que cae ante el primer vendaval, que es estéril de cualquier fruto, y que ni siquiera logra tener hojas con las que poderse cubrir o tapar.

Estar arraigados en Cristo supone beber y nutrirse de todo aquello que el Señor nos ha dejado para que nuestra vida cristiana y nuestra existencia humana puedan crecer con toda su belleza y su fortaleza dando vitalidad a todas nuestras ramas, hojas y frutos desde la savia que parte de las raíces hundidas en el misterio y la gracia de Jesucristo.

**Edificados.** Un segundo momento está no ya en las raíces que nos nutren, sino en aquello que ha crecido en nosotros, en cuanto se ha podido ir

edificando con belleza y con certeza. Es la historia presente que me permite reconocermme en una realidad que es fruto de tantos dones recibidos, de tantos encuentros significativos con personas, de un lugar en donde uno es acogido, acompañado, madurado. Lo contrario es la intemperie de quien no sabe dónde estar, ni porqué estar, ni a dónde ir.

Esta edificación la llamamos cultura propia en el sentido más amplio de la expresión: todo aquello que se convierte en una clave de vida, en un modo de vivir las cosas, los amores, los dolores, los recuerdos, los ensueños, los proyectos... Todo tiene una clave que me permite comprender lo que se me ha dado junto a las personas que están a mi lado como una verdadera compañía que me ayuda en llegar a mi destino. Esta edificación es la Iglesia que nos acoge y nos acompaña como un lugar nutricio en donde mi vida madura y crece. Salir de esta edificación, de este hogar entrañable cristiano, es aventurarse a una intemperie en la que puedo ser confundido, errado y devorado. Edificarse en Cristo es pertenecer a su santa Iglesia.

**Firmes.** Es algo que habla del cuidado con el que yo me debo situar ante mis raíces nutrientes y ante mi historia edificada. Aquí la firmeza significa fidelidad no tozudez. Firmes en la fe es el deseo de una confianza que sepa agradecer en la fidelidad gozosa. Bien distinto es el permanecer en la inmovilidad llena de resentimiento y rencor.

Esta firmeza nos permite crecer, llegar a la maduración de lo que poco a poco deja de ser inconsistente, improvisado, voluble, y empieza a ser una humilde decisión de seguir a Otro y permanecer en su amistad, porque adhiriéndome a Él mi vida crece, madura, se hace sabia, y aprende la alegría que nos permite ser felices con sencillez. Tal firmeza es lo que deja que la vida sea descubierta en todos sus factores sin que ello nos haga daño. Porque nos aventuramos a vivir todas las cosas, las que los demás jóvenes del mundo tiene que afrontar igual que nosotros, pero nosotros lo hacemos desde esta

clave cristiana en la que consiste nuestro secreto y nuestra inmerecida gracia que nos acompaña y nos salva.

El Papa Benedicto XVI hablaba de cómo se trata no sólo de una necesidad personal, sino de una necesidad cultural: «Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él, ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a quienes Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás. Sólo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres».

La JMJ es una gracia que tiene que ver con todo esto. Yo estoy convencido de cómo Dios tiene para cada uno de nosotros algo que decirnos como una gracia especial, algo que será para nuestro bien en este momento de nuestra historia personal, nuestra historia también cristiana desde el lugar en el que cada uno vive su fe (diócesis, parroquia, movimiento apostólico, etc.).

Serán unos días para vivir la vida cristiana con sencillez y con una inmensa serena alegría. Al acercarnos a los sacramentos de la Eucaristía y de la Confesión, al rezar las oraciones de la mañana o de la tarde, al participar en los actos previstos en nuestro encuentro con el Santo Padre, tendremos la ocasión de experimentar este arraigo que nos cobija y nos fortalece.

La vocación cristiana será una de las gracias que más debemos pedir y saber responder con nuestro mejor sí. Dios tiene para cada uno un camino. Para él fuimos hechos y para nuestro bien y nuestro gozo el Señor quiso

imaginarlo y proponérselo. De las JMJ han salido tantas familias de chicos y chicas que llegaron al matrimonio cristiano habiéndose conocido en días como estos. Pero de las JMJ han nacido también vocaciones a la vida sacerdotal y a la vida consagrada, que se hacen camino concreto de pertenencia al Señor y de total disponibilidad a su Iglesia. Que el Señor y nuestra Madre la Virgen María os ayuden en este descubrimiento.

Ayer mismo, en la ceremonia de acogida en el Aeropuerto Internacional de Barajas, el Papa nos introducía en el sentido que tiene su visita y el significado de la JMJ 2011. Por su claridad y belleza, me permito leeros lo que nos dijo Benedicto XVI:

«¿Por qué y para qué ha venido esta multitud de jóvenes a Madrid? Aunque la respuesta deberían darla ellos mismos, bien se puede pensar que desean escuchar la Palabra de Dios, como se les ha propuesto en el lema para esta Jornada Mundial de la Juventud, de manera que, arraigados y edificados en Cristo, manifiesten la firmeza de su fe.

Muchos de ellos han oído la voz de Dios, tal vez solo como un leve susurro, que los ha impulsado a buscarlo más diligentemente y a compartir con otros la experiencia de la fuerza que tiene en sus vidas. Este descubrimiento del Dios vivo alienta a los jóvenes y abre sus ojos a los desafíos del mundo en que viven, con sus posibilidades y limitaciones. Ven la superficialidad, el consumismo y el hedonismo imperantes, tanta banalidad a la hora de vivir la sexualidad, tanta insolidaridad, tanta corrupción. Y saben que sin Dios sería arduo afrontar esos retos y ser verdaderamente felices, volcando para ello su entusiasmo en la consecución de una vida auténtica. Pero con Él a su lado, tendrán luz para caminar y razones para esperar, no deteniéndose ya ante sus más altos ideales, que motivarán su generoso compromiso por construir una sociedad donde se respete la dignidad humana y la fraternidad real. Aquí, en esta Jornada, tienen una ocasión privilegiada para poner en común sus aspiraciones, intercambiar recíprocamente la riqueza

de sus culturas y experiencias, animarse mutuamente en un camino de fe y de vida, en el cual algunos se creen solos o ignorados en sus ambientes cotidianos. Pero no, no están solos. Muchos coetáneos suyos comparten sus mismos propósitos y, fiándose por entero de Cristo, saben que tienen realmente un futuro por delante y no temen los compromisos decisivos que llenan toda la vida. Por eso me causa inmensa alegría escucharlos, rezar juntos y celebrar la Eucaristía con ellos. La Jornada Mundial de la Juventud nos trae un mensaje de esperanza, como una brisa de aire puro y juvenil, con aromas renovadores que nos llenan de confianza ante el mañana de la Iglesia y del mundo.

Ciertamente, no faltan dificultades. Subsisten tensiones y choques abiertos en tantos lugares del mundo, incluso con derramamiento de sangre. La justicia y el altísimo valor de la persona humana se doblegan fácilmente a intereses egoístas, materiales e ideológicos. No siempre se respeta como es debido el medio ambiente y la naturaleza, que Dios ha creado con tanto amor. Muchos jóvenes, además, miran con preocupación el futuro ante la dificultad de encontrar un empleo digno, o bien por haberlo perdido o tenerlo muy precario e inseguro. Hay otros que precisan de prevención para no caer en la red de la droga, o de ayuda eficaz, si por desgracia ya cayeron en ella. No pocos, por causa de su fe en Cristo, sufren en sí mismos la discriminación, que lleva al desprecio y a la persecución abierta o larvada que padecen en determinadas regiones y países. Se les acosa queriendo apartarlos de Él, privándolos de los signos de su presencia en la vida pública, y silenciando hasta su santo Nombre. Pero yo vuelvo a decir a los jóvenes, con todas las fuerzas de mi corazón: que nada ni nadie os quite la paz; no os avergoncéis del Señor. Él no ha tenido reparo en hacerse uno como nosotros y experimentar nuestras angustias para llevarlas a Dios, y así nos ha salvado.

En este contexto, es urgente ayudar a los jóvenes discípulos de Jesús a permanecer firmes en la fe y a asumir la bella aventura de anunciarla y

testimoniarla abiertamente con su propia vida. Un testimonio valiente y lleno de amor al hombre hermano, decidido y prudente a la vez, sin ocultar su propia identidad cristiana, en un clima de respetuosa convivencia con otras legítimas opciones y exigiendo al mismo tiempo el debido respeto a las propias».

Sí, que nada ni nadie nos quite la paz. Que no nos avergoncemos jamás del Señor. Para el testimonio que se nos pide a nuestra generación, hemos de estar así de este modo arraigados en Cristo, edificados en su Iglesia y firmes en la fe. Muchas gracias. Que el Señor os bendiga.

✠ Jesús Sanz Montes, OFM  
Arzobispo de Oviedo (España)  
Madrid, 19 agosto de 2011